

Mi querido Mando, acabo de
 recibir el parte, que me alegró el corazón.
 Son las once y media de la mañana,
 ya ya empezaba a estar impaciente,
 pues desde Maier ^(viernes) que te esperaba, aho-
 ra como esto no me satisface bastante
 estoy deseando recibir la tuya, para
 saber las particularidades del viaje,
 y que a pesar de ser encontrado ahí.
 Como aquí hace ahora muy buen tiem-
 po, me estoy imaginando el sol de cha-
 dorid, y a ti, pasando por todos aque-
 llos lugares de que yo me hallo tan le-
 jos. Te confieso que por momentos hestan-
 te triste, aun cuando los hermosos días
 que están haciendo parece que me de-
 jan respirar algo mas libremente.
 He ido a paseo con Peregrina Compa-
 ñel y con Tomas, y entramos en San

Lorenzo. Escuso decirte cuanto me acordaría de tí. Vi aquel patio plantado de vides con aquella fuente profunda y aquella virgen de piedra, todo lo cual me ha dejado encantado. ¡Que silencio tan inmenso! Y tu nunca has querido llevarme allí. ¡De buena gana hubiera pagado una habitación en San Lorenzo para poder escribir en aquel claustro, Romano. Es imposible que no sables una cosa buena. En el claustro de campo, no se retrata un olvido tan completo, como en el de San Lorenzo. No parece que han pasado por aquel convento treinta años de olvido, si no treinta siglos... ¡Hoy hace un día tan hermoso como el de ayer, y Tomas peregrino y yo copremos de nuevo por el camino de Noya voy a estar muy triste. Cuando te veas parece que me llevas la salud pues me encuentro ahallarme sin apetencia, y algo molisimas digestiones. Si digo así, voy a enfle que en. pero ya pasará. Te remito que con tu para que la contestes de palabra. Recibe mi corazón Moralia, la niña buena.